

Desocupados precoces: ¿otra cara de la maquila?¹

*Fernando Cortés
Rosa María Rubalcava*

I. Introducción

EN LUGAR DE HABER SELECCIONADO como tema de investigación el asunto que abordaremos en este trabajo, debemos reconocer que fuimos nosotros los elegidos. La historia comienza cuando estábamos por iniciar una encuesta de hogares en la ciudad de Matamoros en 1991, y la búsqueda de la información de fuentes secundarias nos llevó a examinar los datos que recogió en esa ciudad la Encuesta Nacional de Empleo Urbano (ENEU) que realiza el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI, 1989).

En esa encuesta encontramos un grupo de desocupados que escapa a las definiciones que propone la Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS, 1991). Según la Dirección General de Empleo de dicha Secretaría, hay seis grupos de población en edad de trabajar que presionan en el mercado de trabajo (también establece diferencias según el tiempo que han permanecido desocupados o buscando trabajo antes de la semana del levantamiento, que en este momento no es necesario considerar):

1) El grupo de los que “buscaron incorporarse a alguna actividad”. A esta situación se le califica como *desempleo abierto*.

¹ Agradecemos los valiosos comentarios que Brígida García y Rodolfo Tuirán hicieron a una versión preliminar de este trabajo. Sus observaciones y sugerencias nos permitieron corregir algunas omisiones y dar mayor énfasis a los aspectos importantes. También queremos manifestar nuestro reconocimiento a los evaluadores anónimos de *Estudios Sociológicos*, cuyas recomendaciones nos ayudaron a presentar el material en forma mucho más ordenada. Por supuesto, las deficiencias que subsistan son de nuestra exclusiva responsabilidad.

2) El grupo de quienes “tienen plena certeza de que iniciarán un trabajo a más tardar en un mes”.

3) Los ocupados que “por razones económicas buscan otro empleo para tener dos”.

4) Los ocupados que “por razones personales desean abandonar su ocupación actual y buscan otro trabajo”.

5) Los ocupados que “trabajan menos de 15 horas a la semana”.

6) Los inactivos disponibles: “aquellos de 12 años o más que se encontraban disponibles para incorporarse al mercado de trabajo pero no lo intentaron *porque consideraron que no encontrarían trabajo*” (el subrayado es nuestro).

Con la información de esa fuente detectamos a un grupo de hombres jóvenes que no cabe en ninguna de las definiciones anteriores y que tampoco forma parte de la población inactiva, ya que sus integrantes no asisten a la escuela. La explicación a esta omisión es que si bien podemos considerarlos “disponibles”, el motivo que adujeron para no buscar trabajo fue “por falta de tiempo”, a todas luces inesperado. En adelante nos referiremos a estos hombres jóvenes como “desocupados precoces”.²

Creemos que este hecho puede tener importancia si se toma en cuenta que la ciudad de Matamoros muestra una tasa de desempleo muy elevada en la información oficial; entre las 16 ciudades que cubría la ENEU, en enero de 1991 Matamoros ocupaba el tercer lugar en desempleo abierto (sólo superado por Tampico y Monterrey) (INEGI, 1991a).

Según lo que se sabe sobre el mercado de trabajo en Matamoros, encontramos razones suficientes para aproximarnos a los desocupados precoces, dentro de nuestro interés más amplio en el estudio del impacto social de la industria maquiladora.³

En la encuesta de hogares que realizamos en esa ciudad, cuya principal actividad económica es la industria y dentro de la industria las llamadas maquiladoras, encontramos casos de hombres en plena juventud que ni estudian ni trabajan. Su presencia fue perceptible desde las primeras visitas a las colonias populares de la ciudad, ya que a todas horas había en la calle grupos de muchachos conversando o jugando.

² En una encuesta realizada en Reynosa, Tamaulipas, en 1980, ya se había encontrado que los “buscadores de trabajo” son un grupo muy reducido “...significan 1.3% de la población de ambos sexos de 12 años y más, y 2.8% de la PEA total”. Además se muestra que la mayor parte de los “buscadores de trabajo” son hombres en el grupo de edad: 12 a 29 años (72.5%) (Margulis y Tuirán, 1986:220).

³ La encuesta se llevó a cabo como parte de una investigación auspiciada por la Fundación Ford.

En Matamoros el nivel de empleo en la maquila es relativamente alto, comparado con el de las otras ciudades fronterizas del norte de México (es la quinta de las ciudades en número de empleos) y la proporción de plantas que cierran es mucho menor que en Tijuana (Carrillo, 1991).

Por lo que toca a los factores que intervienen en que un trabajador opte por la maquila (Cortés y Rubalcava, 1993), la preferencia que muestra esta industria por población joven y particularmente mujeres nos llevó a ver qué ocurre con su contraparte: los hombres de esa población joven.

II. Los desocupados precoces

En este estudio realizado en la ciudad de Matamoros nos aproximaremos a los hombres jóvenes que han dejado de estudiar, bajo el supuesto de que su condición está asociada con las diversas opciones familiares de respuesta a su entorno económico y social.

En los 405 hogares que encuestamos en Matamoros en mayo de 1991, encontramos que de cerca de 2 000 personas entrevistadas, la cuarta parte tiene entre 12 y 21 años de edad;⁴ de ellos, 221 son hombres (45%) y 266 mujeres (55%).⁵ La condición de estudiante o trabajador en estas edades parece depender del sexo del joven y de su parentesco con el jefe del hogar. Lo anterior puede apreciarse en los cuadros 1 y 2.

⁴ Hemos definido este intervalo de edad para acercarnos a la población que interesa, tomando en cuenta que no hay acuerdo entre los estudiosos de la adolescencia: "Se han hecho muchos intentos para designar el periodo de la adolescencia en términos de límites de tiempo. Las descripciones del comienzo de la adolescencia se relacionan siempre con un lapso bastante limitado, pero las que indican su fin muestran mucha mayor divergencia" (Powell M., 1981:13).

Como se ve, es difícil determinar la edad de los adolescentes que nos interesan. Esta dificultad se manifiesta en los textos en inglés en los que aparecen expresiones como "young adults" o bien "old children". En este trabajo el límite inferior se fijó según el criterio oficial para determinar la Población Económicamente Activa, y el límite superior en la mayor edad que los estudios consideran como entrada a la vida adulta (aunque debe recordarse que en México esa edad es, según la ley, los 18 años).

⁵ En estas cifras se percibe la feminización que ya ha sido señalada en las ciudades fronterizas. En 1987, en la ciudad de Nuevo Laredo (la única de Tamaulipas que presenta la autora) por cada cien mujeres había 87 hombres en el grupo de edad 12-29, esto es: "hay un déficit de 13 hombres por cada 100 mujeres" (Ojeda, 1990:47).

La autora señala que la relevancia del hecho de que haya más mujeres que hombres —o viceversa— radica en las consecuencias sociales que pueden derivarse, dadas ciertas reglas y valores establecidos que regulan los roles y, en general, la participación social de los sexos (Ojeda, 1990:46).

Al comparar estos dos cuadros destaca que, en estas edades, 4% de los hombres son jefes de hogar o yernos mientras que la condición de casadas la tienen ya 10% de las mujeres. Los hombres casados, casi en su totalidad, sólo trabajan (nada más uno se registró como yerno dependiente); en cambio, las jóvenes casadas se dedican casi exclusivamente a labores de su hogar (cuatro de las 26 dijeron trabajar).

Observamos también que, en el caso de los varones, al nieto se le da el mismo tratamiento que al hijo (como la gran mayoría de ellos sólo estudian, los integramos en el mismo grupo), y son los otros parientes del jefe quienes muestran preferentemente haber dejado la escuela y trabajar. De los 43 jóvenes que ni estudian ni trabajan, 38 (casi 90%) son hijos del jefe del hogar.

Entre las mujeres se aprecia que, salvo las hijas, casi cualquier otra joven está en la casa sin estudiar ni trabajar (los parentescos más frecuentes están en esta situación y fueron “cónyuge o nuera” y “hermana, cuñada o nieta”); muy probablemente, como ya se dijo, para que su presencia en la casa pueda permitir que otros miembros de la familia estudien o trabajen.

Al parecer las mujeres que dejan la escuela siguen las pautas femeninas tradicionales: se casan o se quedan en el hogar para ayudar en los quehaceres domésticos; sin embargo, entre los hombres el fenómeno de los jóvenes que ni estudian ni trabajan, a los que hemos llamado *desocupados precoces*, y que según hemos visto son principalmente los hijos, no responde a la conducta socialmente esperada.

En este trabajo nos proponemos identificar cuáles son los factores individuales o familiares que llevan a los hombres jóvenes a la condición de desocupados precoces, ya que no sólo constituyen una carga para sus hogares y para la sociedad en su conjunto, sino que, sobre todo, están limitando seriamente sus oportunidades para el futuro y creándose una situación de intranquilidad y frustración que puede marcar negativamente su desarrollo y aun orillarlos a conductas antisociales que ya se han presentado en momentos de crisis en los países desarrollados.⁶

Para acercarnos a estos jóvenes centraremos nuestra atención en los 98 hombres que tienen entre 12 y 21 años, que ya abandonaron el sistema escolar y que continúan en el hogar como dependientes del jefe.

En las 405 familias entrevistadas encontramos que 69 de ellas tienen a los 98 hombres jóvenes que abandonaron la escuela (45% de los

⁶ “En Japón, hacia 1982, la prensa dio cuenta de casos insólitos como adolescentes que agredían a sus maestros, asesinaban a sus padres o molestaban a sus compañeros de grupo hasta orillarlos al suicidio. La delincuencia juvenil llegó a significar 43.9% del total de crímenes registrados en Japón” (Lozoya y Kerber, 1991:294).

Cuadro 1

Hombres de 12 a 21 años
(Número de jóvenes y porcentaje por columna)

Condición	<i>Parentesco con el jefe del hogar</i>						Total	
	<i>Jefe o yerno</i>	%	<i>Hijo o nieto</i>	%	<i>Sobrino, hermano, cuñado u otro parentesco</i>	%		
Estudia y trabaja	—	—	8	(4.2)	2	(12.5)	10	(4.6)
Estudia y no trabaja	—	—	97	(50.8)	3	(18.8)	100	(46.3)
No estudia y trabaja	8	(88.9)	48	(25.1)	7	(43.8)	63	(29.2)
No estudia y no trabaja	1	(11.1)	38	(19.9)	4	(25.0)	43	(19.9)
Total	9	(4.2)	191	(88.4)	16	(7.4)	216	(100)

Cuadro 2

Mujeres de 12 a 21 años
(Número de jóvenes y porcentaje por columna)

Condición	<i>Parentesco con el jefe del hogar</i>								Total	
	<i>Cónyuge o nuera</i>	%	<i>Hija</i>	%	<i>Hermana, cuñada o nieta</i>	%	<i>Otro (par. o no par.)</i>	%		
Estudia y trabaja	—	—	7	(3.8)	—	—	4	(17.4)	11	(4.2)
Estudia y no trabaja	—	—	105	(55.2)	5	(20.0)	3	(13.0)	113	(42.8)
No estudia y trabaja	4	(15.4)	43	(22.6)	5	(20.0)	12	(52.2)	64	(24.2)
No estudia y no trabaja	22	(84.6)	35	(18.4)	15	(60.0)	4	(17.4)	76	(28.8)
Total	26	(9.8)	190	(72.0)	25	(9.5)	23	(8.7)	264	(100)

216 en la muestra). En esta subpoblación trataremos de averiguar de qué depende que algunos de esos jóvenes trabajen (55 de los 98, 56%) y otros no lo hagan, engrosando las filas de los desocupados (43 de los 98, 44%).

Estos 43 jóvenes (hombres, dependientes, de entre 12 y 21 años de edad) que ni estudian ni trabajan son la quinta parte de los 216 hombres de esta edad en la muestra (véase el cuadro 1).⁷

A continuación veremos algunas características personales de los jóvenes que ya no estudian. En casi todos los casos (85 de los 98) el joven es hijo de familia, como puede apreciarse en el cuadro 3.

Cuadro 3

Parentesco con el jefe de los hombres de 12 a 21 años
que ya no estudian, según trabajen o no

<i>Parentesco con el jefe</i>	<i>Trabaja</i>					
	<i>Sí</i>	<i>%</i>	<i>No</i>	<i>%</i>	<i>Total</i>	<i>%</i>
Hijo	47	(85.5)	38	(88.4)	85	(86.7)
Hermano o cuñado	6	(10.9)	—	—	6	(6.1)
Otro pariente	2	(3.6)	5	(11.6)	7	(7.2)
Total	55	(56.1)	43	(43.9)	98	(110.0)

La distribución de esos jóvenes por grupos de edad (que podemos clasificar en preadolescencia 12 a 14 años, adolescencia temprana 15 a 19 años y adolescencia tardía 20 a 21 años)⁸ y su situación laboral son las señaladas en el cuadro 4.

Cabe destacar que en el grupo de edad de 15 a 19 años la condición de desocupado precoz parece ser mucho más grave, ya que de los 115 hombres de esta edad en la muestra (el cuadro del que se obtuvo este dato no se incluyó en este trabajo), los 29 que aparecen como desocupados en el cuadro 4 representan 25%. Esos 29 casos son la mitad de los 60 de la muestra que en este grupo de edad ya abandonaron la escuela;

⁷ Esta cifra es similar a las señaladas por la CEPAL para el medio urbano en América Latina (véase la cita en las conclusiones de este trabajo).

⁸ Nuestra periodización es tentativa y requiere afinarse para adecuarla al estudio de la adolescencia masculina en los entornos urbanos de México.

Cuadro 4

Edad de los hombres de 12 a 21 años que ya no estudian,
según trabajen o no

<i>Grupo de edad</i>	<i>Trabaja</i>				<i>Total</i>	<i>%</i>
	<i>Sí</i>	<i>%</i>	<i>No</i>	<i>%</i>		
12-14	1	(1.8)	5	(11.6)	6	(6.1)
15-19	31	(56.4)	29	(67.5)	60	(61.2)
20-21	23	(41.8)	9	(20.9)	32	(32.7)
Total	55	(56.1)	43	(43.9)	98	(100.0)

esto es, de cada dos jóvenes de entre 15 y 19 años que ya dejaron de estudiar, uno trabaja y el otro se encuentra sin oficio ni beneficio.

De los 43 jóvenes desocupados casi la mitad (20) tienen 18 años o más; esto significa que según la legislación mexicana son adultos.

Trataremos de ver si hay diferencias en el nivel máximo de escolaridad alcanzado por los integrantes de cada uno de los grupos.

De los 98 jóvenes 10% alcanzó sólo estudios de primaria incompleta; 20% concluyó la primaria pero no siguió otro tipo de estudios, y el resto tiene una escolaridad mayor que primaria. Sólo 7% de los jóvenes que ya no asisten a la escuela declaró tener algún año de estudios técnicos. A continuación presentamos el cuadro 5 con su distribución, según el máximo nivel de escolaridad que alcanzaron.

Cuadro 5

Escolaridad de los hombres de 12 a 21 años que ya no estudian,
según trabajen o no

<i>Máximo alcanzado</i>	<i>Trabaja</i>			
	<i>Sí</i>	<i>%</i>	<i>No</i>	<i>%</i>
Primaria incompleta	3	(5.5)	7	(16.3)
Primaria completa	10	(18.2)	8	(18.6)
Secundaria incompleta	9	(16.4)	7	(16.3)
Secundaria completa	17	(30.8)	9	(21.0)
Algún año de estudios técnicos	3	(5.5)	3	(6.9)
Más que secundaria	11	(20.0)	3	(6.9)
Sin datos	2	(3.6)	6	(14.0)
Total	55	(100.0)	43	(100.0)

Las diferencias más importantes en cuanto a la escolaridad de ambos grupos se observan en los niveles más bajo y más alto. En el grupo de los desocupados puede observarse que: *i)* la proporción de los que no terminaron la primaria es el triple de la que corresponde a los que trabajan y *ii)* los que tienen estudios más allá de la secundaria conforman la tercera parte de los que superaron ese nivel entre los que trabajan. El hecho de que más de la mitad de los que no trabajan no hayan concluido la secundaria, es un indicio de que su desocupación puede ser forzada por las precarias condiciones con que enfrentan las exigencias del mercado de trabajo.

En un entorno económico en que la oferta de trabajo para los hombres es menor que para las mujeres, el hecho de que poco más de la mitad de los que desertaron del sistema escolar haya encontrado un trabajo merece que nos preguntemos qué tipo de trabajo realizan.

La gran mayoría de los jóvenes que sí trabajan se desempeñan como asalariados manuales (tres de cada cuatro, véase cuadro 6).

Cuadro 6

Inserción ocupacional de los hombres de 12 a 21 años
que no asisten a la escuela y sí trabajan

<i>Inserción ocupacional</i>	<i>Número de jóvenes</i>	<i>Porcentaje</i>
Trabajador agrícola	1	(1.8)
Trabajador independiente	5	(9.1)
Asalariado manual	40	(72.7)
Asalariado no manual	9	(16.4)
Total	55	(100.0)

Cuadro 7

Rama de actividad de los hombres de 12 a 21 años que no asisten
a la escuela y sí trabajan

<i>Rama de actividad</i>	<i>Número de jóvenes</i>	<i>Porcentaje</i>
Agricultura	1	(1.8)
Construcción	4	(7.3)
Industria maquiladora	16	(29.1)
Industria no maquiladora	2	(3.6)
Comercio	9	(16.4)
Servicios	23	(41.8)
Total	55	(100.0)

En el cuadro 7 presentamos la distribución por rama de actividad.

Como puede apreciarse, 56% de los 98 jóvenes que no estudian están ya incorporados a la actividad económica y de ellos, la mayoría trabaja en el sector servicios, para un patrón; sólo cinco dijeron realizar alguna actividad por cuenta propia.⁹

Es interesante hacer notar que si bien el trabajo en la industria maquiladora resultó en la muestra la segunda opción laboral en orden de importancia para los hombres jóvenes (29%), entre las mujeres del mismo grupo de edad (12 a 21 años) que trabajan, la maquila es la opción más importante: dos de cada tres mujeres jóvenes de las que ya dejaron la escuela están en alguna maquiladora (50 de 76); esta proporción más que duplica a la masculina.¹⁰

Aunque éstos son los únicos rasgos propiamente personales de los jóvenes que se captaron en la encuesta, podemos acercarnos a conocer algunas características de sus grupos familiares que según resultados de otras investigaciones son factores que influyen en que los jóvenes que dejaron de estudiar trabajen o no.

Entre las características que se han mencionado están:

1) El sexo del jefe del hogar. Esta variable puede influir en que el joven no trabaje porque las madres sin pareja tienen sobre sí la carga de jugar el papel de esposo y de esposa a la vez, lo que les dificulta desempeñar con éxito ambas funciones (Ellwood, 1988: 136). Son muchos también los estudios que vinculan la pobreza con los hogares de jefe mujer; puede verse como ejemplo el estudio de Margulis y Tuirán en Reynosa que señala:

En resumen, la doble jornada femenina está asociada con el nivel socioeconómico de los hogares y con los menores ingresos del jefe; es más frecuente en los hogares con jefe mujer y aparece en mayor proporción en unidades domésticas cuya reproducción depende del trabajo no asalariado (Margulis y Tuirán, 1986:296).

2) La escolaridad de los padres. Se supone que mientras mayor sea el nivel educativo alcanzado por los padres menor será para el hijo el riesgo de deserción escolar.

3) El tipo de familia. La conformación del grupo puede tener implicaciones sobre la conducta de los jóvenes; por ejemplo, los hogares

⁹ Contrariamente a lo que se piensa, las actividades por cuenta propia son posibles para los trabajadores que aprovechan una época de bonanza para independizarse y no la vía fácil de incorporación al mercado de trabajo (Benites y Cortés, 1990:184).

¹⁰ Esta información se extrajo de cuadros similares a los que presentamos en este trabajo, pero referidos a mujeres.

en que hay la presencia de abuelos u otros parientes de respeto pueden ofrecer mejores oportunidades de apoyo y control para los muchachos (sobre las relaciones sociales en la familia véase Oliveira y Salles, 1989).

4) El momento del ciclo biológico en que se encuentre la familia. Este factor se considera importante en la reproducción del grupo doméstico porque de él dependerán los recursos (productores) y necesidades (consumidores) del hogar (Cuéllar, 1990:27-35; Margulis y Tuirán, 1986:289). Se distinguieron tres momentos, según la edad del jefe, el número de hijos y el promedio de sus edades: *i*) expansión (padre de menos de 34 años y promedio de edades de los hijos hasta seis años), *ii*) consolidación (varias combinaciones de los tres criterios) y *iii*) fisión (padre de más de 35 años con hijos cuyo promedio de edades es superior a 18 años).

5) La estructura de ocupaciones en el hogar. La inserción laboral de los miembros de la familia depende de las oportunidades que ofrecen los trabajadores de la propia familia (no sólo del jefe), ya sea a través de sus redes (principalmente para el ingreso a una maquiladora) o a través de la presencia de trabajadores manuales independientes, quienes pueden incorporar a los más jóvenes como aprendices (Escobar, 1990:162).

6) El sexo que predomine entre los miembros que sostienen económicamente el hogar. Se sabe que la calidad de jefe de un hogar puede, por razones culturales, recaer en un hombre inactivo o ausente, o bien en una mujer de edad, sola (madre o suegra), a quien se reconoce como autoridad moral pero que no necesariamente es el sostén de la casa. Por otra parte, ya se dijo que en los hogares que dependen en lo económico del trabajo de mujeres, se presentan condiciones de mayor pobreza y por tanto, creemos, un ambiente de mayor riesgo para los jóvenes en cuanto al abandono escolar y la desocupación.

III. Factores que determinan la desocupación precoz

A partir de las características individuales y familiares de los jóvenes que dejaron la escuela trataremos de ver en qué medida determinan sus posibilidades de incorporarse a la vida productiva o condicionan su situación de desocupados. Un modelo de regresión logística lineal es el instrumento de análisis estadístico que emplearemos para este objetivo: la variable dicotómica "Trabajo" (variable dependiente) se considera explicada por los demás rasgos del joven y de su hogar (variables explicativas o independientes); el modelo logístico permite apreciar el impacto de cada variable explicativa evaluando en cuánto aumenta o disminuye la probabilidad de que el joven sea un desocupado precoz.

Las características personales del joven (las únicas que captamos en la encuesta: edad, escolaridad y relación de parentesco con el jefe) no tuvieron un papel significativo en el modelo y sólo los rasgos del grupo doméstico parecen facilitar u obstaculizar la inactividad juvenil.

Este resultado constituye una primera llamada de atención, ya que si en ambos grupos de jóvenes: trabajadores y desocupados, las edades, los niveles escolares alcanzados y la condición de dependientes en el hogar son similares, es en las familias donde se encuentran las diferencias.

Antes de proseguir en el análisis, vale la pena dejar sentado que como el estudio no previó aproximarse a este problema, es necesario para posteriores investigaciones recabar mayor información de los propios sujetos que permita ver cuáles de sus características personales ayudan en la comprensión del fenómeno.

Es interesante observar que algunos rasgos de los hogares son similares en las familias de los jóvenes que trabajan y de los desocupados. Uno de estos rasgos es el tipo de familia: independientemente de la condición de actividad, 60% son familias nucleares y 35% extendidas (con componente no nuclear, sean o no parientes del jefe), como se muestra en el cuadro 8.

Cuadro 8

Distribución del tipo de familia de los jóvenes de 12 a 21 años, que ya no estudian, según trabajen o no

Tipo de familia	Trabaja					
	Sí	%	No	%	Total	%
Nuclear completa	29	(52.7)	26	(60.5)	55	(56.1)
Nuclear incompleta	4	(7.3)	5	(11.6)	9	(9.2)
Extendida	22	(40.0)	12	(27.9)	34	(34.7)
Total	55	(56.1)	43	(43.9)	98	(100.0)

Esta relación no es estadísticamente significativa.

Otras características compartidas por las familias de los jóvenes que no asisten a la escuela se presentan en el cuadro 9.

En resumen: se trata de grupos numerosos, ya que están integrados por siete personas en promedio (cuatro hombres y tres mujeres), cinco de

las cuales son adultos (sólo 25% de los hogares tienen cuatro adultos o menos). El promedio de las edades de los hijos es de 15 años. La edad del jefe de estas familias es mayor a los 45 años y en promedio hay poco más de tres trabajadores en las familias de los 55 jóvenes que sí trabajan y dos en las 43 de los desocupados.

Cuadro 9

<i>Característica</i>	<i>Promedio Trabaja</i>		<i>Desviación estándar Trabaja</i>	
	<i>Sí</i>	<i>No</i>	<i>Sí</i>	<i>No</i>
Núm. de personas	7.45	6.84	2.70	2.07
Núm. de adultos	6.13	5.44	2.23	1.82
Núm. de hombres	4.00	3.77	1.56	1.59
Núm. de mujeres	3.45	3.07	1.77	1.32
Edad del jefe	48.78	45.95	9.88	9.47
Prom. edad hijos	15.97	15.22	4.83	3.40
Núm. trabajadores*	3.45	2.28	1.24	1.32

* La diferencia radica en que si el joven trabaja el número de trabajadores se incrementa en uno.

Los rasgos del grupo doméstico que resultaron significativos en el modelo son cuatro:

- i) El momento del ciclo biológico de la familia.
- ii) El número de hombres adultos del hogar que trabajan (excluyendo al joven si está ocupado).
- iii) La proporción de mujeres trabajadoras en el total de trabajadores de la casa.
- iv) La estructura de ocupaciones en el grupo familiar.

El número de hombres adultos que trabajan se consideró como variable métrica y las otras tres variables independientes se declararon como variables ficticias (*categorical*).

En las tablas de contingencia que se presentan a continuación, cada una de las variables independientes se asocia con la variable dependiente que es la condición de trabajo de los jóvenes.

La relación entre las dos variables del cuadro 10 resultó significativa, y pareciera que la presencia de jóvenes desocupados ocurre tanto en familias en que no hay hombres que trabajen, como en aquellas en que los trabajadores son muchos.

Cuadro 10

Jóvenes de 12 a 21 años que ya no estudian, según el número de hombres que trabajan en su hogar* y la situación de ocupación del joven

<i>Hombres que trabajan en el hogar*</i>	<i>Trabaja</i>			
	<i>Sí</i>	<i>%</i>	<i>No</i>	<i>%</i>
0	3	(5.5)	8	(18.6)
1	31	(56.3)	22	(51.2)
2	4	(7.3)	4	(9.3)
3	16	(29.1)	4	(9.3)
4	1	(1.8)	5	(11.6)
Total	55	(100.0)	43	(100.0)

* Se excluye al joven en caso de que trabaje.

En cuanto al tipo de hogar, se obtuvo lo siguiente (véase cuadro 11). Este cuadro no presenta una relación estadísticamente significativa entre la situación laboral del joven y el momento del ciclo biológico en que esté su familia; sin embargo, es al incorporar las demás variables al modelo cuando el ciclo interviene en la explicación de que el joven trabaje o no. Era de esperarse que los jóvenes de esta subpoblación procedieran de hogares maduros, ya que se trata de aquellos que tienen adolescentes; puede apreciarse que la mayor parte de los hogares de estos jóvenes están ya en su fase de fisión.

Cuadro 11

Ciclo familiar de los hombres de 12 a 21 años que ya no estudian, según trabajen o no

<i>Ciclo familiar</i>	<i>Trabaja</i>			
	<i>Sí</i>	<i>%</i>	<i>No</i>	<i>%</i>
Expansión	5	(9.1)	1	(2.3)
Consolidación	9	(16.4)	20	(46.5)
Fisión	41	(74.5)	22	(51.2)
Total	55	(100.0)	43	(100.0)

La proporción de mujeres que trabajan en el total de trabajadores de la casa presenta la distribución que puede verse en el cuadro 12.

La relación entre estas dos variables es estadísticamente significativa y llama la atención que ninguno de los jóvenes que viven en hogares sostenidos por mujeres, trabaje (en siete de esos ocho grupos domésticos la jefatura del hogar es femenina). Algunas características de estos ocho jóvenes (que obtuvimos de cuadros más detallados que no presentamos) son: *i*) de ellos, tres son mayores de edad (con 18 años o más); *ii*) en cuanto a su escolaridad, dos tienen sólo primaria y uno llegó hasta primero de secundaria; *iii*) cuatro de los jóvenes viven en hogares de cuatro personas o menos (incluidos ellos). Estas características cuya heterogeneidad es patente en tan sólo ocho casos muestran por qué ninguna de estas variables interviene en el modelo.

En el cuadro 12 puede apreciarse que en el intervalo de mayor participación laboral femenina en el hogar, es en el que ninguno de los jóvenes trabaja.

Cuadro 12

Número de hombres de 12 a 21 años que ya no estudian, según la proporción de trabajadoras en el total de trabajadores del hogar y condición laboral

<i>Proporción de mujeres entre los trabajadores¹</i>	<i>Trabaja</i>			
	<i>Sí</i>	<i>%</i>	<i>No</i>	<i>%</i>
0 a 0.9	25	(45.5)	19	(44.2)
0.10 a 0.37	22	(40.0)	4	(9.3)
0.38 a 0.97	8	(14.5)	12	(27.9)
0.98 a 1.00	—	—	8	(18.6)
Total	55	(100.0)	43	(100.0)

¹ Los intervalos se definieron dentro de estos límites, con la idea de captar cuatro tipos de hogares en cuanto a la participación laboral de las mujeres: *i*) hogares con casi nula participación (menos de una mujer trabajadora en un total de 10 trabajadores); *ii*) hogares con baja participación (a lo más una mujer por cada tres trabajadores); *iii*) hogares con mediana o alta participación femenina (entre dos y cuatro trabajadoras por cada cinco trabajadores), y *iv*) hogares prácticamente sostenidos económicamente por mujeres (proporción de mujeres que trabajan respecto al total de trabajadores: mayor a 0.97).

En lo que toca a la composición de ocupaciones en el propio hogar, distinguimos cuatro clases: presencia de trabajadores independientes; sólo asalariados manuales; sólo asalariados no manuales, y combinación de asalariados manuales y no manuales.

A continuación está la distribución de esta estructura ocupacional del hogar de los jóvenes (véase cuadro 13).

Cuadro 13

Jóvenes de 12 a 21 años que ya no estudian por estructura ocupacional de su hogar, según trabajen o no

	<i>Trabaja</i>			
	<i>Sí</i>	<i>%</i>	<i>No</i>	<i>%</i>
Presencia de independientes	25	(45.5)	11	(25.6)
Sólo asalariados manuales	19	(34.5)	27	(62.7)
Sólo asalariados no manuales	3	(5.5)	3	(7.0)
Asalariados manuales y no manuales	8	(14.5)	2	(4.7)
Total	55	(100.0)	43	(100.0)

La presencia de independientes ocurre en una proporción mayor (46%) entre los jóvenes que sí trabajan, mientras que entre los desocupados predominan los hogares con composición exclusiva de asalariados manuales (63 por ciento).

IV. Resultados del modelo de regresión logística

De las cuatro variables descritas en el apartado anterior, las tres declaradas como ficticias se introdujeron al modelo (SPSS, INC, 1989: B-80 a B-107) tomando como base la categoría en que a nuestro juicio es posible anticipar con mayor seguridad bien sea la presencia o la ausencia de jóvenes en condición de desocupación precoz.

En el ciclo doméstico se tomó como categoría de comparación los hogares en "expansión"; la proporción más alta de mujeres en el total de trabajadores del hogar (entre 0.98 y 1%) se usó como base en esta variable; y en la estructura ocupacional de los miembros del hogar se compara contra los hogares en que hay "sólo asalariados manuales".

Lo anterior debe tenerse en cuenta al analizar en cuánto aumenta o disminuye la probabilidad de que un joven sea desocupado precoz, el que su hogar presente características distintas a las que se definieron como patrón de comparación.

Con estos cuatro rasgos de los hogares de los jóvenes, el modelo es capaz de discernir cuál de las condiciones de actividad (trabaja o no tra-

baja) es más plausible para el joven desertor y acertar en 85% de los que trabajan y en 75% de los desocupados precoces. La proporción global de aciertos de dicho modelo es de aproximadamente 81% tal como se aprecia en el cuadro 14.

Cuadro 14

<i>Grupo observado</i>	<i>Grupo asignado por el modelo</i>		<i>Aciertos Porcentaje</i>
	<i>Sí trabaja</i>	<i>No trabaja</i>	
Sí trabaja	47	8	85.45
No trabaja	11	32	74.42
Total			80.61

Las estadísticas de bondad de ajuste¹¹ indican que el modelo es satisfactorio.

A continuación presentamos los resultados del modelo final depurado (dejando sólo las variables con efecto significativo) y el análisis de cada uno de los efectos (véase cuadro 15).

Cuadro 15

	<i>Ji cuadrada</i>	<i>gl</i>	<i>Significación</i>
-2 Ji cuadrada de verosimilitud	83.286	89	.6508
Ji cuadrada del modelo	52.571	9	.0000
Mejora	4.979	1	.0257
Bondad de ajuste	87.677	89	.5198

1. Efecto del ciclo familiar

El rasgo del hogar que hace más probable encontrar un desocupado entre los hijos que desertaron del sistema escolar es el que la familia pase de su periodo inicial de expansión al estado de consolidación (véase en el cua-

¹¹ En el artículo dedicado al análisis de los factores que determinan la inserción laboral en la maquiladora (Cortés y Rubalcava, 1993), se presentaron los detalles relacionados con estas medidas y su interpretación. Por este motivo omitimos esa explicación en este trabajo.

dro 16 que el mayor valor en la columna de coeficiente *B* es 5.4358 y corresponde a la categoría *Consolidación* de la variable *Ciclo*). Esto significa que el abandono de la escuela sin la subsecuente incorporación al trabajo es una característica propia de los hijos de familias maduras en las que conviven varios miembros adultos.

Cuadro 16

<i>Variables en la ecuación</i> <i>Primera parte</i>				
<i>Variable</i>	<i>B</i>	<i>S.E.</i>	<i>Wald</i>	<i>gl</i>
Ciclo ¹			16.6076	2
Consolidación	5.4358	1.4747	13.5867	1
Fisión	3.6362	1.4293	6.4720	1
Núm. de hombres que trabajan	.6310	.2981	4.4813	1
Proporción de trabajadoras ²			19.1953	3
0 a 0.09	-4.7078	1.4917	9.9608	1
0.10 a 0.37	-6.3537	1.6119	15.5382	1
0.38 a 0.97	-3.4225	1.5116	5.1268	1
Estructura de ocupaciones ³			9.5814	3
Hay independientes	-1.7006	.6589	6.6603	1
Sólo asal. no manuales	-1.3771	1.6337	.7105	1
Asais. manuales y no manual.	-3.1070	1.3814	5.0589	1
<i>Segunda parte</i>				
<i>Variable</i>	<i>Signif.</i>	<i>Correl.</i>	<i>e(B)</i>	
Ciclo ¹	.0002	.3046		
Consolidación	.0002	.2920	229.4850	
Fisión	.0110	.1814	37.9483	
Núm. de hombres que trabajan	.0343	.1351	1.8795	
Proporción de trabajadoras ²	.0002	.3117		
0 a 0.09	.0016	-.2421	.0090	
0.10 a 0.37	.0001	-.3157	.0017	
0.38 a 0.97	.0236	-.1517	.0326	
Estructura de ocupaciones ³	.0225	.1624		
Hay independientes	.0099	-.1852	.1826	
Sólo asal. no manuales	.3993	.0000	.2523	
Asais. manuales y no manual.	.0245	-15.01	.0447	

¹ La categoría "expansión" no aparece en el cuadro porque es la que se tomó como comparación.

² La categoría "0.98 a 1.00" es la de comparación.

³ La categoría "sólo asalariados manuales" es la de comparación.

Los hogares en proceso de fisión son los que, en comparación con los hogares en crecimiento, siguen a los consolidados en el incremento de la probabilidad de presencia de desocupados precoces ($B=3.6362$).

2. Efecto de la proporción de mujeres que trabajan, en el total de personas que trabajan en el hogar

En las familias donde las mujeres son el sostén económico es mayor el riesgo de que los jóvenes desertores permanezcan en el hogar sin trabajar. Los grupos domésticos que dependen menos del trabajo de las mujeres hacen menos probable que un joven que deja la escuela permanezca sin trabajar (los coeficientes B que corresponden a los intervalos con menor proporción de trabajadoras son -4.7078 y -6.3537).

3. Efecto del número de hombres que trabajan en la familia

Cuando el trabajo de las mujeres no es predominante, el número de hombres que trabajan aumenta la probabilidad, aunque levemente, de que no trabajen los jóvenes que dejaron de estudiar (recuérdese que en el caso de los muchachos que trabajan se restó uno al total de trabajadores con objeto de no inducir la correlación). El valor del coeficiente B para la variable "Número de hombres que trabajan en el hogar" es 0.6310 .

Este aumento en la probabilidad de ser desocupado precoz cuando es alto el número de trabajadores indica que puede tratarse de hogares con mejores condiciones (más recursos) para absorber la carga que representa el joven desocupado.

4. Efecto de la estructura de ocupaciones en el hogar

Comparada con la estructura conformada sólo por trabajadores asalariados manuales, cualquier otra combinación reduce la probabilidad de que el joven que dejó la escuela se quede sin trabajar. La mayor reducción se asocia con las familias en que hay tanto asalariados manuales como no manuales ($B= -3.1070$) y no con las de trabajadores independientes ($B= -1.7006$) como podía esperarse por la relación entre estructura del hogar y situación laboral del joven que se presenta en el cuadro 13.¹²

¹² Éste es un ejemplo más que muestra que el comportamiento de una variable en relaciones multidimensionales puede ser distinto al que tiene en relaciones bivariadas.

V. Conclusiones

Si bien el problema de la desocupación precoz puede calificarse como volátil, si se atiende sólo al tiempo de su duración en el curso de vida de un individuo, nos parece que en México tiene la importancia que le confiere el hecho de que la población del país sea mayoritariamente joven.

A continuación presentamos los principales resultados de este trabajo, y algunas de las que consideramos posibles líneas de investigación para profundizar en el análisis de este problema, basándonos en las referencias que encontramos en la bibliografía sobre los temas que tocamos.

Los jóvenes desocupados precoces: hombres, dependientes, de entre 12 y 21 años de edad que ni estudian ni trabajan, son la quinta parte de los hombres de esta edad en la muestra;¹³ en casi todos los casos (87%) el joven es hijo de familia y la mitad tienen 18 años o más, lo que significa que según las leyes mexicanas son adultos.

No sabemos hasta qué punto este fenómeno es más general y ocurre en todas las ciudades de México, o su presencia en esta ciudad obedece a que no encuentran trabajo porque la demanda local favorece particularmente a las mujeres. Sin embargo, en publicaciones recientes hemos encontrado referencias a esta situación de desocupación precoz (y quizás forzada) de la juventud masculina.

El Instituto de Investigación para el Desarrollo de las Naciones Unidas (UNRISD) alerta sobre la desocupación juvenil como uno de los problemas sociales más serios que enfrentan por igual los países desarrollados y los que se encuentran en vías de desarrollo (Ghai, 1988). La Comisión Económica para América Latina (CEPAL), en un documento de octubre de 1991, menciona en el capítulo dedicado al empleo que las tasas de actividad de la población joven, especialmente de los 15 a 19 años, tuvieron una reducción importante y agrega que en un principio se pensó que el fuerte aumento del desempleo abierto urbano podría haber sido un elemento que desalentara el retiro de la escuela y la búsqueda de trabajo entre los jóvenes

contribuyendo a la disminución de la participación laboral de ese grupo de edad, sobre todo en los países donde la crisis había tenido efectos más severos (Argentina y Venezuela). Más aún, entre 1980 y 1986 en las áreas metropolitanas de Buenos Aires y Caracas, incluso se redujo la participación de la población de 20 a 24 años.

¹³ En los cuadros de la publicación censal no es posible identificar a los jóvenes que ni estudian ni trabajan. Sin embargo, según el censo de 1990, en el estado de Tamaulipas, 34% de los hombres de 12 a 21 años ya no asisten a la escuela. (INEGI, 1992:112.)

Sin embargo, según consigna el documento, la población joven no continuó en la escuela:

...conjuntamente con el aumento de las tasas de matrícula en la enseñanza media, se registraron incrementos en los jóvenes que no estudiaban ni trabajaban, situación que afectó más a los jóvenes provenientes de hogares de menores ingresos, haciendo más difícil su posterior incorporación al empleo (CEPAL, 1991:16).

Dicho trabajo dedica una sección a la juventud en el capítulo "Condiciones sociales y económicas de las oportunidades de bienestar". Las proporciones de hombres¹⁴ de 15 a 24 años que no trabajan ni estudian son alarmantes en los sectores populares urbanos nacionales, en los países que presenta el cuadro correspondiente, 20.5% de los hombres en ese grupo de edad en Uruguay en 1989; 21.1% en Brasil, en 1987; 23.5% en Costa Rica, en 1988, y 30.3% en Venezuela, en 1986. El dato de Argentina se refiere sólo a la capital y es 20.3% en 1986 (CEPAL, 1991:106).

También en Estados Unidos, algunos libros recientes mencionan el problema. Durante los últimos años, en el país vecino los cambios que más han perjudicado a las familias son: *i*) la reducción de los salarios y *ii*) el desempleo masculino. "En 1985 el ingreso de un trabajador típico de tiempo completo estuvo debajo del nivel que tenía en 1970 [...] peor aún fue el hecho de que más y más hombres jóvenes estuvieron sin trabajo" (Ellwood, 1988:52-53).

La crisis económica norteamericana afectó diferencialmente a los distintos grupos sociales:

Para las mujeres, población joven y minorías, el efecto de la polarización durante los ochenta fue extremadamente negativo. La nación en su conjunto padeció, aparejadas al aumento de jóvenes sin posibilidad de empleo, altas tasas de criminalidad y expansión del mercado de drogas (Phillips, 1991:208).

Los resultados de este estudio muestran que del total de hombres de 15 a 19 años en la muestra, la mitad no estudian ni trabajan (48%), situación particularmente crítica por tratarse del grupo poblacional con más miembros (de los grupos quinquenales de edad que presenta el censo, éste es el más importante con 12.2% de toda la población masculina).¹⁵

¹⁴ El documento aclara que se limita a la población masculina, para evitar los sesgos estadísticos relativos a la clasificación como inactivas de las mujeres incluidas en la categoría "quehaceres domésticos".

¹⁵ Según el censo de 1990, en el intervalo de 15 a 19 años la proporción de hombres jóvenes que no asisten a la escuela asciende a 55% (INEGI, 1992:112).

A este respecto, algunas investigaciones han mostrado la estrecha interdependencia entre los hechos vitales (transiciones) que ocurren en esta etapa de la vida, particularmente entre la asistencia a la escuela, la participación en la fuerza de trabajo y transiciones familiares (matrimonio o paternidad) (Stevens, 1990:169).

Sin duda existe la posibilidad de que estos jóvenes se conviertan en padres sin desearlo. Según lo han mostrado estudios del embarazo adolescente en México, éste frecuentemente está asociado con conductas antisociales como el consumo de alcohol y drogas, y actos delictivos. Las adolescentes embarazadas generalmente habían abandonado la escuela antes del embarazo, y los padres de sus hijos casi siempre son jóvenes de la misma edad que ellas (la mayoría entre 15 y 16 años) (Atkin y Givaudán, 1989:125 y 130). Cabe agregar que en un estudio de jóvenes en Matamoros, los hombres entrevistados mostraron una actitud de desprecio por el matrimonio, la maternidad y la familia, así como jactancia de su capacidad de enamorar y engañar a las mujeres (Zúñiga, 1991:64 y 65).

Nos parece que la presencia de estos jóvenes puede ser una explicación a las anomalías que han detectado varios estudios en la frontera norte al confrontar datos procedentes de encuestas con información secundaria. En el estudio ya citado de Reynosa (Margulis y Tuirán, 1986) hay dos menciones a estas irregularidades:

i) En Reynosa, la posible subestimación del Censo de 1970 parece haber afectado los niveles de participación masculina de casi todos los grupos de edad, siendo particularmente bajas las tasas específicas de entre los 15 y los 24 años (p. 218).

ii) ...si incluimos la variable edad en nuestro examen encontramos que no todos los grupos etarios ostentan niveles semejantes de ocupación, en efecto, en edades intermedias (20 a 54 años) se advierte que la proporción de ocupados alcanza 60.6%, en tanto que el porcentaje desciende notablemente para los menores de 20 y para los mayores de 54 años.¹⁶

Otro indicio del desempleo juvenil en la misma época se encuentra en un informe sobre desempleo y subempleo en seis ciudades fronterizas mexicanas elaborado, curiosamente, por el ejército norteamericano para el Departamento de Trabajo de Estados Unidos en 1969, en el que se señala para Matamoros que, del total de desocupados o subocupados, 60% tenía entre 16 y 20 años (Department of the Army, 1970).

¹⁶ Si tanto Reynosa como Matamoros son zonas de maquila antigua (desde el principio de los sesenta), ya en 1970 podrían estar presentes los primeros efectos de la feminización laboral (que según se sabe fue mucho más acentuada en los inicios).

En fecha más reciente, una evaluación de la calidad de la información recabada en 1987 por la "Encuesta Socioeconómica Anual de la Frontera" (ESAF) hace también referencia a algunas incongruencias con el censo de 1980: "...las tasas refinadas por edad y sexo calculadas a partir de la ESAF, en el caso de los hombres, casi siempre están por debajo de las censales, incrementándose la brecha conforme aumenta la edad de la persona, especialmente en Nuevo Laredo" (González, 1990:209). El autor atribuye la diferencia a una posible tendencia a declarar como inactivos a los mayores (quizás porque, a juicio del informante, realizan actividades poco productivas); sin embargo, llama la atención que no haga referencia a la diferencia de tasas en el grupo de hombres jóvenes (de 12 a 19 años), que es casi tan grande como la de los mayores de 65 años (González, 1990:210).

De acuerdo con el modelo de regresión logística ajustado, podemos decir que ni las características personales de los jóvenes (como edad, años de estudio y relación de parentesco con el jefe del hogar), ni tampoco los rasgos individuales del jefe del hogar (como edad, escolaridad y ocupación) permiten explicar por qué algunos de los hombres jóvenes que dejan el sistema escolar no trabajan, aun cuando permanecen en el hogar como dependientes.

Las entrevistas realizadas a algunas familias con presencia de jóvenes desocupados también aportaron valiosas indicaciones acerca de que debieran estudiarse las aspiraciones laborales de los jóvenes para una mejor comprensión de este problema; aspiraciones desmedidas con respecto a su preparación en el caso de los hombres, y al parecer ignoradas en el caso de las mujeres. Los jóvenes y sus madres dijeron que "no trabajan porque no encuentran el trabajo que quieren"; por ejemplo, "de mecánico"; sin embargo, al preguntar si tenían alguna preparación para el desempeño de esa ocupación, la respuesta fue negativa.

El contraste con la situación de las hermanas menores de estos jóvenes es muy notable. A ellas sus madres las colocan en el servicio doméstico para que "ayuden" con su ingreso al sostén de la casa mientras los jóvenes consiguen trabajo. Al parecer las madres no consideran que también sus hijas pueden tener aspiraciones.

Estos hechos nos llevaron a buscar qué se sabe sobre el tránsito escuela-trabajo. Encontramos que varios estudios hacen referencia a diferentes formas de contradicción entre la vida cotidiana del niño y las normas de la escuela. "No someterse" es uno de los principios de los niños pobres en el medio urbano (Paz, 1992:54), que claramente se opone a lo que la escuela espera del menor: "hay que obedecer al maestro porque es el maestro", dijeron los niños en una encuesta realizada en Monterrey: "Para un niño originario de una clase social en donde la es-

cuela ha estado ausente, la relación pedagógica tiene algo de violento. En la experiencia subjetiva del alumno habría una virtual conciencia de que la cultura que hereda de sus padres es ilegítima a los ojos de la escuela” (Zúñiga, 1987).

Estas contradicciones llevarán, en última instancia, a la deserción escolar: “En el salón de clase, el mundo real del vecindario pobre y la educación oficial se enfrentan en un ambiente de total incompreensión, y el niño se encuentra enmedio [...] En estas condiciones, las dificultades que el niño enfrenta lo orillan implacablemente a la deserción escolar” (Martin *et al.*, 1990:283).

También encontramos referencias al campo de las percepciones y aspiraciones de los jóvenes en lo que toca a la escuela y al trabajo, como parte de la explicación del abandono escolar y la desocupación.

Varios estudios señalan que entre las tareas de los jóvenes propias del periodo adolescente están la de lograr la independencia económica y la de elegir y prepararse para una buena ocupación. En varias encuestas realizadas en Estados Unidos, los hombres jóvenes han mostrado que para ellos tiene gran importancia el dinero y un trabajo seguro (Powell, 1981:32 y 280).

En 1982, un estudio longitudinal que llevaron a cabo Schiefelbein y Farrell en 1982 en Chile, citado por Post (1990:262), consigna que los factores determinantes para continuar o suspender estudios universitarios eran de orden económico, y en su decisión los estudiantes debían sopesar sus aspiraciones ocupacionales con sus aspiraciones educativas.

También en México la Encuesta Nacional de Valores Educativos (INEGI, 1991b) mostró que 40% de los cerca de 6 000 hombres adultos entrevistados dijeron que cuando dejaron de estudiar lo hicieron porque tuvieron que trabajar (aunque bien pudieron abandonar antes los estudios, pero respondieron conforme a lo que consideraron que sería bien visto por el entrevistador).

En una encuesta realizada a jóvenes madrileños, algunos de los mayores declararon haber pasado tres o cuatro años buscando su primer empleo y mencionaron haber experimentado la frustración de sentir que no sirven de mucho a la sociedad en que viven, y que no pueden planificar con libertad su futuro (REIS, 1984:279).

En cuanto a los estudios, en Estados Unidos se han realizado investigaciones que muestran que los jóvenes de secundaria se quejan de que tienen que pasar demasiado tiempo en cursos académicos y de que les queda demasiado poco para el entrenamiento específico.

Estos jóvenes saben perfectamente de las dificultades que tendrán cuando busquen empleo con sus rudimentarios conocimientos de cualquier

habilidad. En realidad preferirían pasar más tiempo aprendiendo a operar los distintos tipos de máquinas y equipo, y dedicar menos a la "teoría" de esas máquinas (Powell, 1981:484).

En México se manifiesta entre los jóvenes la misma aspiración: "Uno estudia y luego trabaja", según respondió uno de los niños entrevistado en un barrio marginal de Monterrey. Según ese estudio, "El 75% de los niños de los barrios marginales elaboran un discurso cuyos elementos constitutivos serían: escuela-conocimiento-empleo-movilidad social" (Zúñiga, 1987).

Una vez que los jóvenes ven frustradas sus aspiraciones, es comprensible que se conformen los casos extremos que manifiestan gran desvalorización del trabajo, como los muchachos consumidores de marihuana e inhaladores de cemento, cuyos valores estudió Zúñiga en Matamoros: "El trabajo es uno de los que reciben la más alta dosis de desprecio; el trabajo por sí mismo es un absurdo y una desgracia, si se puede sobrevivir sin "camellar" los muchachos lo hacen. Éste es un ideal en la mente de muchos de ellos" (Zúñiga, 1991).

También hay que tener presente que otros muchachos, aunque quizás sólo sea porque son niños, no desprecian al trabajo en general pero sí consideran despectivamente a algunos trabajadores, según se aprecia en el comentario de un chico entrevistado en el barrio de Tepito, de la ciudad de México: "Aquí hay un 'chundo' (albañil de origen rural). Es un esclavo" (Paz, 1992:78). Con esto vemos que no basta con tener el deseo de trabajar; aun los niños aspiran a un trabajo particular que satisfaga sus expectativas, no a cualquier trabajo. En ese mismo barrio, reconocido en la época en que se desarrolló el estudio como centro del comercio de mercancía de procedencia extranjera internada ilegalmente ("fayuca"), los niños manifestaron que la venta de fayuca es la que ofrece el mejor balance ganancia-riesgo, ya que permite "sacar lo que necesites sin que te echen pa' trás al bote (cárcel)".

Si bien encontramos que los rasgos individuales de los jóvenes y de sus padres no muestran ser determinantes en la condición de desocupación, en cambio algunas de las características de los grupos domésticos de los que estos jóvenes forman parte sí parecen interactuar facilitando u obstaculizando ese estado de inactividad.

Según el modelo de regresión logística, las familias en las que es más probable encontrar hijos desertores escolares que estén desocupados son familias maduras (en la mitad de los casos presentes en la muestra, la edad del jefe fluctúa entre los 40 y los 50 años), sin hombres que trabajen (en la muestra hubo familias con hombres adultos que no trabajan, por enfermedad o porque no encuentran ocupación) y por tanto sos-

tenidas enteramente por mujeres, todas ellas asalariadas manuales (en ocasiones la mujer es jefe de la familia, sin cónyuge).

Los hogares que dependen en lo económico exclusivamente del trabajo de mujeres parecen presentar para los hombres jóvenes un ambiente de mayor riesgo en lo que toca al abandono escolar y la desocupación. Ninguno de los jóvenes que viven en hogares sostenidos por mujeres trabaja (en siete de los ocho grupos domésticos en esta situación, la jefatura del hogar es femenina).

Esto se debe, según algunas autoras, tanto a no contar con el ejemplo de productores masculinos como a la imposibilidad de la madre de estar pendiente de la conducta de los jóvenes, independientemente del sexo de la persona a quien se haya señalado como jefe de la familia: "Una de las características que los hace más indefensos que a los otros niños de la cerrada es la ausencia de padre o un hombre adulto..." (Paz, T., 1992:62), o bien, como se dice en otro estudio: "La ausencia prolongada de alguno de los miembros de la pareja afecta emocional, social y económicamente al otro y crea en los hijos una sensación de inseguridad..." (Nolasco y Acevedo, 1985:121).

Otra razón para el abandono escolar puede ser el apremio económico de las familias, que para compensar la pérdida de su ingreso real recurren a la autoexplotación forzada de su fuerza de trabajo (Cortés y Rubalcava, 1991); hay indicaciones de que en México los efectos de la crisis son evidentes a partir del periodo escolar 1982-1983: "Para el caso del nivel primario, la tasa de crecimiento no llega a reflejar la tasa de crecimiento natural del grupo de edad" (Padua, 1990:322). Esto concuerda con un estudio efectuado en la ciudad de Tijuana a mediados de los ochenta, en el que se encontró que: "Los adolescentes, en particular las hijas, están dejando la escuela a edades más tempranas (12 o 13 años) para trabajar y sumar sus ingresos a los de sus familias para sobrevivir" (Anderson, 1990:145).

Cabe hacer notar que por lo que se refiere al número de hombres que trabajan en el hogar, la presencia de muchos trabajadores estimula la desocupación de los jóvenes tanto como su ausencia total.

En cambio, los hogares que producen menos hijos desocupados precoces son familias en expansión, con varios trabajadores principalmente masculinos (puede haber alguna mujer) y que no dependan exclusivamente del trabajo manual asalariado.

Las familias que no dependen en exclusiva del trabajo manual asalariado, sobre todo aquellas en las que hay trabajadores por cuenta propia, son las que demostraron estar en mejores condiciones para incorporar al trabajo a sus jóvenes que dejan la escuela.

Los factores identificados en este artículo como determinantes de la

desocupación precoz apoyan el énfasis que algunos autores han puesto en el vínculo educación-trabajo: "La relación de la escuela con la industria, es una relación problemática sobre la que casi todo está por hacerse en América Latina" (Ibarrola, 1988).

Sin embargo, ante el bajo nivel educativo alcanzado por los jóvenes, en el documento ya citado la CEPAL plantea la pregunta

¿qué proporción de estos jóvenes podría ser rescatada, en términos realistas, por el sistema educativo en lugares como las zonas urbanas de Colombia o Brasil cuando, aún en la segunda mitad de los años ochenta, entre 50% y 80% de los jóvenes de entre 15 y 19 años que habían abandonado la escuela lo habían hecho con menos de seis años de educación formal? (CEPAL, 1991:107).

La opción laboral no debe olvidarse. El estudio del UNRISD discute varias opciones de trabajo para la juventud, tanto asalariado como por cuenta propia, en las que los gobiernos locales, las empresas del sector privado y las propias comunidades juegan un papel muy importante. Con base en la discusión, el documento sugiere formas para promover el autoempleo por la vía de empresas juveniles (Ghai, 1988).

Los factores revelados a través del modelo se conjugan en una situación particularmente preocupante: "Tener baja escolaridad, vivir en hogar de jefatura femenina y ser padre fuera de una unión estable constituyen factores cuya asociación con la pobreza ha sido probada empíricamente" (Duncan y Hoffman, 1991). Los desocupados precoces que detectamos en Matamoros sin duda son candidatos a engrosar las filas de los pobres.

A nuestro juicio, estamos frente a un reto para los sistemas educativos, para los programas de capacitación y empleo, para los industriales y empresarios, y en última instancia para la sociedad en su conjunto.

Recibido en julio de 1993

Revisado en agosto de 1993

Correspondencia: Centro de Estudios Sociológicos/El Colegio de México/Camino al Ajusco 20/Col. Pedregal de Santa Teresa/C.P. 10740.

Bibliografía

- Anderson, Joan B. (1990), "Las maquiladoras y la industrialización fronteriza: el impacto sobre el desarrollo económico en México", *Frontera Norte* 3, vol. 2, enero-junio.
- Atkin, Lucille y Martha Givaudán (1989), "Perfil psico-social de la adolescente embarazada mexicana" en Samuel Karchmer (ed.), *Temas selectos de reproducción humana*, México, Instituto Nacional de Perinatología.
- Benites, Marcela y Fernando Cortés (1990), "La heterogeneidad de los pequeños comerciantes: un estudio sobre movilidad ocupacional" en F. Cortés y O. Cuéllar (coords.), *Crisis y reproducción social: los comerciantes del sector informal*, México, FLACSO/Miguel Ángel Porrúa.
- Carrillo, Jorge, en Kevin J. Middlebrook (ed.) (1991), *Unions, Workers, and the State in Mexico*, San Diego, Center for U.S.-Mexican Studies, Universidad de California.
- CEPAL (1991), *La equidad en el panorama social de América Latina durante los ochenta*, Naciones Unidas/CEPAL.
- Cortés, Fernando y Rosa María Rubalcava (1993), "Algunas determinantes de la inserción laboral en la industria maquiladora de exportación en Matamoros", *Estudios Sociológicos*, vol. XI, núm. 31, enero-abril.
- (1991), *Autoexplotación forzada y equidad por empobrecimiento: la distribución del ingreso familiar en México (1977-1984)*, Colee. Jornadas 120, México, El Colegio de México.
- Cuéllar, Óscar (1990), "Balance, reproducción y oferta de fuerza de trabajo familiar. Notas sobre las estrategias de vida", en F. Cortés y O. Cuéllar (coords.), *Crisis y reproducción social: los comerciantes del sector informal*, México, FLACSO/Miguel Ángel Porrúa.
- Department of the Army, Engineer Agency for Resources Inventories (1970), *Report on Unemployment and Underemployment in six Border Cities of Mexico*, Washington, prepared for U.S. Department of Labor.
- Duncan, Greg J. y Saul D. Hoffman (1991), "Teenage Underclass Behavior and Subsequent Poverty: Have the Rules Changed?", en Christopher Jencks y Paul E. Peterson (eds.), *The Urban Underclass*, Washington, The Brookings Institution.
- Ellwood David, T. (1988), *Poor Support: Poverty in the American Family*, Basic Books.
- Escobar, Agustín (1990), "Auge y crisis de un mercado de trabajo: los talleres manufactureros de Guadalajara antes y después de 1982", en G. De la Peña et al. (comp.), *Crisis, conflicto y sobrevivencia: estudios sobre la sociedad urbana en México*, México, Universidad de Guadalajara/CIESAS.
- Ghai, Dharam (1988), *Promoting Youth Employment: Policies and Programmes*, Ginebra, United Nations Research Institute for Social Development (Discussion Paper, núm. 3).
- González, Raúl (1990), "Evaluación de la encuesta socioeconómica anual de la Frontera, 1987", *Frontera Norte* 4, vol. 2, julio-diciembre.
- Ibarrola, María de (1988), "Hacia una reconceptualización de las relaciones

- entre el mundo de la educación y el mundo del trabajo en América Latina", *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, núm. 2, vol. xvm, 2o. trimestre.
- INEGI (1989), *Encuesta Nacional de Empleo Urbano (Matamoros)*, México.
- (1991a), *Notas Censales*, México.
- (1991b), *Encuesta Nacional de Valores Educativos (ENAVE)*, México.
- (1992), *XI Censo General de Población y Vivienda, 1990*, México.
- Lozoya, Jorge Alberto y Víctor Kerber (1991), "El Japón contemporáneo: de la devastación a la opulencia", en Daniel Toledo *et al.*, *Japón: su tierra e historia*, México, El Colegio de México.
- Margulis, Mario y Rodolfo Tuirán (1986), *Desarrollo y población en la frontera norte: el caso de Reynosa*, México, El Colegio de México.
- Martin, Christopher J. *et al.* (1990), "Lo ideal y lo real en la educación primaria urbana: dos casos de la zona metropolitana de Guadalajara", en G. De la Peña, E. Durán, A. Escobar y García de Alba (comps.), *Crisis, conflicto y sobrevivencia: estudios sobre la sociedad urbana en México*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara-CIESAS.
- Nolasco, Margarita y María Luisa Acevedo (1985), *Los niños de la frontera: ¿espejismo de una nueva generación?*, México, Editorial Océano/Centro de Ecodesarrollo.
- Ojeda, Norma (1990), "Índices de masculinidad en tres ciudades fronterizas del Norte de México: el mercado matrimonial en la región", *Frontera Norte* 4, vol. 2, julio-diciembre.
- Oliveira, Orlandina de, Marielle Pepin y Vania Salles, "Introducción", en Orlandina de Oliveira y Vania Salles (comps.) (1989), *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, México, Miguel A. Porrúa, IISUNAM, El Colegio de México.
- Padua, Jorge (1990), "Los desafíos al sistema escolar formal" en *México en el umbral del milenio*, México, El Colegio de México.
- Paz, Teddie (1992), "La estructura social de la cooperación", tesis para obtener el grado de doctora en ciencias sociales con especialidad en sociología de El Colegio de México.
- Phillips, Kevin (1991), *The Politics of Rich and Poor: Wealth and the American Electorate in the Reagan Aftermath*, Harper Perennial.
- Post, David (1990), "The Social Demand for Education in Peru: Student's Choices and State Economy", *Sociology of Education*, vol. 63, octubre, pp. 258-271.
- Powell, Marvin (1981), *La psicología de la adolescencia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- REIS (1984), "La actividad de los jóvenes madrileños: estudio, trabajo y paro", *Revista Española de Investigaciones Sociales*, núm. 26, abril-junio.
- Secretaría del Trabajo y Previsión Social, Dirección General del Empleo (1991), "Un Sistema de información para el Análisis de Corto Plazo de los Mercados Laborales de México" (mimeografiado).
- SPSS, INC. (1989), *Statistical Package for the Social Sciences: Logistic Regression Analysis*, SPSS/PC+ Update for V3.0 y V3.1, SPSS INC.

- Stevens, David A. (1990), "New Evidence on the Timing of Early Life Course Transitions: the United States 1900 to 1980", *Journal of Family History*, vol. 15, núm. 2.
- Zúñiga, Víctor (1991), "Los locos del barrio: o la ostentación del estigma social y fronterizo en una pandilla de Matamoros, Tamaulipas", *Río Bravo*, vol. 1, núm. 1, otoño.
- (1987), "Socialización escolar y marginación urbana. El caso de Monterrey, Nuevo León", *Estudios Sociológicos*, vol. v, núm. 15, septiembre-diciembre.